

***SOLAYA
O LOS
CIRCASIANOS***

JOSÉ CADALSO

Freeditorial 

ACTORES

SELIN, hijo del Kan de Tartaria.

HADRIO, anciano noble de Circasia

HERACLIO, su hijo mayor.

CASIRO, su hijo menor.

SOLAYA, su hija.

KAULIN, confidente de Selin.

CASALIA, confidenta de Solaya.

DOS OFICIALES CIRCASIANOS.

GUARDIA DE TÁRTAROS.

SOLDADOS CIRCASIANOS.

DAMAS CIRCASIANAS.

ACTO I

[Acción en el Palacio de Hadrio. Están Hadrio, Heraclio y Casiro]

CASIRO

¡Apenas sale el sol, y apresurado

ya sales de tu casa acompañado

solo de tus dos hijos! Di, ¿qué es esto?

¿Qué motivo, señor, fausto o funesto

de este modo ha podido conmoverte?

¿Qué novedad?

HERACLIO

Sin duda será fuerte.

Al pisar estas salas, no sin llanto,

que casi en nuestros pechos causa espanto,

nos preguntas: ¿Sois hijos obedientes

y como vuestro Padre sois valientes?

¿Tenéis mi sangre? ¿Despreciáis la vida?

¿Amáis la fama en riesgos adquirida?

Y cuando a todo junto respondemos

que somos hijos tuyos, que queremos

de obediencia filial darte señales,

que honor tenemos y que de inmortales

la fama deseamos que se adquieren

los hombres Grandes que entre riesgos mueren,

turbado el labio, callas. Solamente

suspiras, gimes con dolor vehemente;

al cielo, a nuestros brazos, a tu espada
vuelves la vista, de llorar cansada;
segunda vez suspiras, nos abrazas,
y nuestras diestras con la tuya enlazas.
¿Qué es esto?

HADRIO
Ser anciano y desvalido,
tener un enemigo envanecido
de su carácter, cuya fortaleza
agravia a vuestro ardor y a mi flaqueza.

HERACLIO
¿Y quién podrá agraviarte, Padre amado?
¿No eres el Senador más respetado
de Circasia? ¿Tu Patria toda entera
no te ama tanto como te venera?
Di, ¿no se acuerdan las demás naciones
de tu guerrera edad y tus acciones?
Pues, ¿qué más puede desear tu pecho?
Un pecho noble queda satisfecho
cuando consigue aquel feliz estado
de verse de su Patria venerado,
y temido también del extranjero.
Ambos consigues; debe ser entero
tu gusto. Qué, ¿tu edad adelantada
no está con tantas dichas consolada?

HADRIO

Sólo tengo, hijos míos, un consuelo,

y es que mis males ha aliviado el cielo

con dos hijos; su brío, ya probado,

de mí mismo me da noble traslado.

¡Con cuánta complacencia, oh hijos, miro

de mi vigor pasado en ti, Casiro,

y de mi actual prudencia Heraclio amado,

en tu persona...

HERACLIO

Padre venerado,

tu paterna ternura nos alaba

sin merecerlo.

CASIRO

De explicarte acaba

No nos tengas, señor, así dudosos.

Aquí estamos tus hijos; presurosos

seguiremos tu voz ,que respetarnos.

Tus primeros acentos aguardamos.

Estamos ignorando tus intentos

entre dudas y amor, ambos violentos.

HADRIO

¿Mis hijos sois?

HERACLIO

De serlo nos preciamos,

y ser lo que tú fuiste deseamos.

CASIRO

No sólo de tu sangre nuestros pechos

están con las reliquias satisfechos,

sino que de tu antiguo brío y fama

sienten las chispas, cuya ardiente llama

abrasará algún día la Asia entera.

Porque ignominia, y no nobleza, fuera

llevar tu nombre y no imitar tus prendas.

Sepamos qué facción nos encomiendas.

Verás tus hijos si merecen serlo.

¿Cuál es tu fin?

HERACLIO

Yo pienso conocerlo,

o por lo menos discurrir cuál sea.

HADRIO

¡Ay! Si es posible, que tu amor lo vea:

excúsame el rubor de relatarlo.

¿Acaso, sin morir, podré contarle?

CASIRO

Si tú lo sabes, di: veras mi acero...

HERACLIO

De cierto no lo sé, sólo lo infiero

de algunas circunstancias.

CASIRO

Dilo presto.

Verás mi acero al ofensor funesto

dejar cualquier agravio castigado

apenas por tu labio pronunciado.

Por el cielo te juro...

HADRIO

¡Ten el labio,

que te agravias, vengando el mismo agravio!

Contempla que tu sangre y sangre mía

ha de correr en este mismo día,

pues de ella participa la que osada...

HERACLIO

¿Es Solaya?

HADRIO

¡Ay, hija desgraciada!

CASIRO

Enigmas proferís que yo no entiendo.

HERACLIO

Casiro, escucha lo que yo comprendo.

Ausente está de casa nuestra hermana.

Yo noté que Selin, en la mañana

que ella acudió, con otras, al sorteo,

amante la miraba, con deseo

de que la suerte se le destinase

y del seno paterno la arrancase.

HADRIO

Ya la perdimos.

CASIRO

Vamos a buscarla.

HERACLIO

¿Y qué harás si la encuentras?

CASIRO

¿Qué? Matarla.

HERACLIO

No, Casiro, suspende; mejor fuera

al tártaro matar.

CASIRO

Sí, vamos, muera.

HADRIO

No. No hagas tal, ¡oh, joven arrojado!

El es Embajador, y es un sagrado

el Palacio en que habita.

CASIRO

¿Qué te espanta?

El fuero pierde aquél que lo quebranta.

No, Padre. Y si en tu hija está el desdoro,

tu hijo volverá por tu decoro.

Arda el palacio, en cuya estancia habita

el crimen que te agravia y que me irrita.

Queden en sus ruinas sepultados

aqueos dos objetos desgraciados

de tu dolor y mi venganza.

HADRIO

¡Tente,

intrépido! No borres de imprudente

la gloria que tendrás por valeroso.

HERACLIO

Más vale que, sagaz y cauteloso,

antepongas la industria a los rigores.

Son los medios más suaves los mejores.

HADRIO

Imita de tu hermano la templanza.

HERACLIO

Aún no tengo perdida la esperanza

de que vuelva Solaya arrepentida
al seno de su casa, que afligida

resuena de los ayes

CASIRO

Aunque ahora

a nosotros volviese, ya no es hora.

HADRIO

Nunca tarde sería. ¡Ay, si volviese,

y al paterno cariño se acogiese,

cuánto gozo tuviera en abrazarla!

¡Qué llanto de ternura al perdonarla!

Heraclio, tú, que menos joven eres,

intenta cuantos medios discurrieres.

Acuérdate que es hija, y que es hermana;
acuérdala que es noble y circasiana.
Infúndela terror de su delito;
y cuando en ella veas el conflicto
que al pecho causan los remordimientos
que nacen de la culpa, por momentos,
añade, más y más, las reflexiones
que inspiran el honor y obligaciones.
Sin duda triunfarás, si no me engaña
mi corazón, como la inútil saña
conque vine resuelto, a que mi mano
lavase con la sangre del tirano
la mancha que borró nuestra nobleza;
y al tiempo de empezar, vi la flaqueza
de mi avanzada edad y sangre helada
dejar mi débil mano desairada,
y sólo propia, en infortunio tanto,
a temblar, enjugando aqueste llanto.

CASIRO

Padre, hermano: no somos los que fuimos;
¿estamos desairados y vivimos?
O morir o matar nos es forzoso.
Un solo medio queda decoroso
al infeliz a quien hirió la suerte.

HERACLIO

¿Y cuál es ese medio, di?

CASIRO

La muerte.

Voy a forzar la guardia del tirano

para matarle; y si saliese vano

mi intento, moriré.

HADRIO

No, no, Casiro,

detente; yo lo mando y me retiro.

Conmigo ven. Tan ardua diligencia

mejor fío de Heraclio en la prudencia

que de tu ardor.

HERACLIO

Casiro, de tu furia

resultaría alguna nueva injuria

de mano de Selin. Ya se oye gente

y guardias por la casa. Es evidente

el riesgo, en que nos hallen de este modo.

HADRIO

Y al descubrirnos, se perdiera todo.

Que me sigas te mando, y que sosiegues

tu cólera. Tú, Heraclio, cuando llegues

a ver que no te bastan persuasiones,

avísame, que entonces mis razones

pasarán de los labios a las manos.

Solaya tiene padre.

CASIRO

Y tiene hermanos,

si acaso se olvidare que honor tiene.

HERACLIO

Sí, Padre: lo que mandas más conviene.

Retírate, que veo que se acerca

Solaya con la guardia que la cerca.

Yo le hablaré; también hablar intento

con el mismo Selin. [Vase]

CASIRO

Escucha atento.

Me voy porque mi Padre lo ha mandado,

pero mira que voy determinado

a volver otra vez para matarla,

si de Selin no bastas a arrancarla.

Si la excusas, con el mismo acero

Solaya ha de morir, y tú primero.

Adiós, piénsalo bien; al punto vamos.

Me temo que no baste, y que volvamos. [Vase]

HERACLIO

Allí viene Solaya; en su semblante,

alegre con el logro de su amante,

advierto algún extraño sentimiento:

la agita algún aciago pensamiento,

en medio del exceso de alegría
que natural parece en este día.
¿Si de su Padre y de su Patria amada
la memoria verá representada
con los tristes colores de la ausencia?
Ya llega; ya la turba mi presencia.
Me mira, tiembla, llora, se detiene,
tropieza, mas Casalia la sostiene...
Yo me adelanto, porque no se aparte.
¿Heraclio, hermano tuyo, podrá hablarte?

[Salen Solaya, Casalia, con guardias de tártaros]

SOLAYA

¡Ay, justo cielo, qué es lo que he mirado!

HERACLIO

Con muy digno motivo te has parado

al ver a Heraclio, al ver en mi semblante

el retrato más vivo y más constante

de tu Padre, tu casa, tu nobleza,

y cuanto, ingrata hermana, tu flaqueza

pospone por capricho necio y vano

al tálamo afrentoso del tirano.

¿Te turbas al mirarme? Bien sabía

que a la virtud el vicio no podía

mirar serenamente. ¡Desdichada!

¿De qué sirve tu guardia, si guardada

por tanta tropa, miro los temblores
que te causan tus miedos interiores,
y yo solo, rendido y desarmado,
sereno, y aun altivo, te he mirado?
De ti pendía que esa guardia fiera
mi cabeza del cuerpo dividiera.
Yo no tenía, ingrata, más partido,
que entregarme a tu brazo fementido.
Y temes, y no temo. ¿Ves, aleve,
que honor a la virtud el vicio debe?
Haz retirar tu guardia; a hablarte vengo.
Sólo un pequeño instante me detengo.

SOLAYA

Soldados, apartaos. Y tú queda,
Casalia, en esa puerta, porque pueda
saber si Selin viene, y que mi hermano
evite la presencia...

HERACLIO

Del tirano,
que quebranta las leyes más sagradas.

SOLAYA

No con esas injurias extremadas
ultrajes a Selin. ¡Ay, no merece
tales agravios el que me parece
tan digno de mi amor. No, no es tirano.

¡Qué poco le conoces! Es humano,
que leyes quebrantó. Si es él amable,
y mi pecho le amó, será loable
tan dulce unión; no intentes dividirla.
El cielo la trazó, debo seguirla.

HERACLIO

¿Tan poca es tu virtud, que así nos dejas?

Solaya, ¿no oyes las paternas quejas?

¿De tus hermanos el dolor y el llanto?

¿Y de Circasia el general quebranto?

¿A todos por Selin nos abandonas?

¿Tu ligereza con tu amor abonas?

SOLAYA

No creas que en mi pecho se borraron

los sólidos principios que grabaron

en él mi educación y noble cuna:

pero tu diligencia es importuna.

Esos vínculos mismos poderosos

de mi Padre y hermanos amorosos,

de Patria, casa, sangre y conveniencia,

el héroe rompe en su marcial violencia,

y el que cruza los mares avariento

con leño débil y mudable viento.

Quien me obliga es Amor. ¿Y quién no sabe

el atractivo poderoso y suave

con que suplica y manda a un mismo instante?

¿Por qué no podré yo, feliz amante,

hacer el mismo sacrificio que hace

aquel que a su codicia satisface?

¿O aquel que por el campo devastado,

de sangre ajena y propia va manchado?

HERACLIO

De otro modo pensaras, si supieras

las amenazas justas y severas

que tu Padre y tu hermano te preparan.

Del delito y castigo te apartaran.

Yo mismo los detuve cuando, airados,

estaban de rigor arrebatados.

Bien sabes de Casiro la arrogancia:

criado con rigor desde su infancia

entre las tropas, sólo honor le alienta.

Cuando supo tu error y nuestra afrenta,

su cólera intentó...

SOLAYA

No me ponderes

los riesgos en que me hallo. Las mujeres

(mujeres como yo) de mí entereza,

de mi resolución y mi firmeza,

si no se rinden al halago y gusto,

menos se rendirán al débil susto

de tales amenazas. Vuelve, vuelve
y diles que Solaya se resuelve
a proseguir constante en su palabra:
que ninguna razón su pecho labra.

HERACLIO
¿Conque, al fin, menosprecias mis consejos?

SOLAYA
Yo te aconsejo que te apartes lejos
de este palacio y de tu necia idea.
De éste, porque Selin hoy no te vea;
y de ésta, porque es vano cuanto intentas.

HERACLIO
No me podrás culpar si experimentas

CASALIA
Heraclio, Selin llega.

HERACLIO
Qué hará?

SOLAYA
¡Oh, cielo!
Inmolarte al rigor de su recelo,
si piensa que has venido a separarme.

HERACLIO
Mi acero...

SOLAYA
¡Tente, Heraclio!

HERACLIO

...ha de vengarme.

SOLAYA

Te excusaré diciendo que has venido,
de saber mi destino complacido,
a despedirte de una hermana amada;
que mi resolución está aprobada
por Hadrio y por Casiro, nuestro hermano.

[Salen Selin y Kaulin, con guardia de tártaros]

SELIN

Prended al atrevido circasiano
que con Solaya está. Solaya hermosa,
¿quién es esa persona sospechosa
que habló contigo? En este mismo día
que me había de ser todo alegría
(pues toma en él mi pecho enamorado
del tuyo posesión, dueño adorado)
es justo que...

SOLAYA

Es justo que deseches
todo temor y nada en mí sospeches.
Este es mi hermano Heraclio; si aquí vino
es sólo que, gozoso en mi destino,
el parabién me da.

SELIN

De mi nobleza

nada tema de hermano la fineza
por Solaya. Bien puedes alentarla:
la corte de mi Padre ha de adorarla,
justo será, Solaya, permitirte
que llames a tu Padre, y despedirte
puedes. Yo voy a despachar correos
que anuncien bien logrados mis deseos,
a mi Padre quedando decidido
el punto del tributo, y que he tenido
el gusto de adquirir, no por tratados,
sino es por suave influjo de los hados,
tu mano. Llamen a Hadrio y a Casiro
mientras a lo que he dicho me retiro. [Vase]

HERACLIO

¿Se fue Selin? ¿Qué has hecho, hermana infame,
si acaso es justo que aún así te llame?
Más quisiera haber muerto por su espada
que no que esta ficción le persuada
que aprobamos, tu Padre, yo y tu hermano,
que juntes nuestra Casa con su mano.

SOLAYA

Remedio fue, sin duda, duro y grave,
pero en tan fuerte mal otro no cabe.

HERACLIO
Turbórne tu osadía.

SOLAYA
Finge astuto,

con Hadrio, que tu encargo tuvo fruto,
que ya me aparto de mi amante idea.

Haz que Selin equivocado crea
que a confirmarme en su camino vienes.

Así mi muerte y su rigor detienes,
pues si mi Padre encuentra su esperanza
frustrada, temo la mayor venganza.

Y si sabe Selin que tú quisiste
privarle de mi amor, ¡ay de ti, triste!

HERACLIO
¿Fingir yo? ¿Me aconsejas tú que mienta?

¡Tienes mi sangre, sin temer mi afrenta!

Si tanto de tu honor te has olvidado,
yo no me olvido; estoy acostumbrado
a despreciar los bienes que se adquieren
por medios bajos, que a lo noble hieren.

Mas, cuando yo pudiera complacerte,
¿cómo podrás, Solaya, defenderte
del riesgo que tú misma te has buscado?

Selin a nuestras gentes ha llamado.

Al declararles lo que tú dijiste,
sin saber que con arte lo fingiste,

cuando oigan a Selin agradecido,
juzgando que este bien les ha debido,
siendo así que a su intento se opusieron,
¿cómo saldrás?

SOLAYA

Los astros, que me dieron

resolución para emprender el lance,

me sacarán de tan terrible trance;

y si me deja el cielo, yo te juro
que en tanto mal, mi corazón seguro

sabrá mirar la muerte con sosiego.

Selin, el gran Selin, de amores ciego,

no conoce más bien que mi esperanza,

ni recela más mal que mi tardanza.

Mi muerte vengará; yo la desprecio.

HERACLIO

¿Tu Patria vendes a tan bajo precio?

¿El logro de un amor te determina

a ver de tu familia la ruina?

Alucinada estás. ¡Ay!, considera

lo que es, Solaya, y lo que ser debiera.

Y mientras te resuelves, yo detengo

a tu Padre y mi hermano, y les prevengo

que ha sido engaño tuyo artificioso

para evitar el lance más furioso.

Aparta con prudencia los rigores
del rayo de los cielos vengadores,
que por castigo de tu ligereza
amenazan, Solaya, tu cabeza.

CASALIA
Parece que ya vuelve el mensajero
que a tu Padre llamó.

SOLAYA
¡Hado severo!
¡Mi Padre! ¡Ay, dura voz! ¡Ay, qué tormento
el escuchar su nombre! No me siento
con fuerzas suficientes a mirarlo,
para, después de visto, abandonarlo.
Retírome confusa.

HERACLIO
No te vea
hasta que dejes tan malvada idea.

SOLAYA
Vete, Heraclio. Casalia, ven. No puedo
expresarte las penas en que quedo
oyendo el nombre de mi Padre. Vamos,
a ver si en tanto mal remedio hallamos. [Vase]

HERACLIO
¿Adónde lo hallarás? Ya no te sigo.
Decid, oh, cielos, qué mayor castigo,
qué más llamas y furias infernales

para pena y terror de los mortales,
que el interior verdugo y el suplicio
que en el vicioso deja el mismo vicio.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

[Selin, Kaulin, con guardia de tártaros]

KAULIN

Tus gustos son preceptos soberanos.

Al punto llegarán los circasianos,

que, por mí, tu recado recibieron.

Turbáronse, y con ansia pretendieron

que yo les explicase tus ideas.

SELIN

Preséntalos, al punto que los veas.

Deseo ver aquel anciano grave

que de su Patria el bien defender sabe.

Él fue, entre los magnates, señalado

como el más noble y sabio magistrado

para escucharme en mi primera audiencia.

¡Oh, cuánto me enseñó su conferencia!

Solaya, de su Padre me ha contado

la grande autoridad en el Senado.

Contóme que al Senado, el mismo día

que se trató de la embajada mía,

expuso sabio, con razones fuertes,

de la guerra y la paz las varias suertes,

que, en vano, algunos mozos atrevidos

(por nobles, no por sabios admitidos)

por la guerra la paz dejar querían,

porque su bien y mal no conocían.

Hadrio explicó los males de la guerra,

los muchos daños que esta voz encierra,

con tal dominio, sin envanecerse,

que hacía a los demás estremecerse.

La paz firmaron todos los prudentes;

aun los jóvenes mismos más ardientes

la razón conocieron, la abrazaron,

y de su intrepidez se avergonzaron.

¡Tanto puede en los pechos generosos

el respeto a los sabios virtuosos!

Pero Hadrio, procurando no humillarlos,

antes, para otros lances, conservarlos,

les dijo: juventud, con gusto os veo

manifestar tan eficaz deseo.

La Patria estima vuestro ardor guerrero;

si conviniera su rigor severo,

nuestra gloriosa sangre aceptaría;

ya os llegará de derramarla el día.

Hasta entonces, gozad la paz presente,

pero nunca abuséis del indolente

ocio y lujo, que reina en su sosiego.

Tan sabias voces se aplaudieron luego

KAULIN
Solaya llega acá.

SELIN
Solaya mía,
ven a llenar mi pecho de alegría.

ESCENA SEGUNDA

[Selin, Kaulin, Solaya, Casalia]

SELIN

Si cada vez que miro tu hermosura,
se ofrece nuevo objeto a mi ternura,
más bella me pareces, y mi pecho,
con nuevo gusto se halla satisfecho.

Acércate... Mas, ¡cielos!, ¿qué he mirado?

Tu semblante parece acongojado,

y que ocultar parece alguna pena.

¿Por qué no está tu cara más serena?

¡Triste de mí! ¿Tus ojos vierten llanto

del pecho comprimido?

SOLAYA

¡Cielo santo!

¡Ay, Príncipe!

SELIN

¿Qué? ¿Príncipe me dices?

Ya soy de los mortales infelices

el más triste. ¿Qué es esto? ¿Te olvidaste

de aquellos dulces nombres que inventaste

para llamarme, cuando me querías?

¿La memoria pasó de aquellos días?

¿Pues qué de aquel estilo figurado,

en el Asia pomposa acostumbrado,

que a sí mismo en vigor se superaba
cuando Solaya con Selin hablaba?
¿Tan presto aquellas voces se trocaron
por las que en los palacios se inventaron?
¡Príncipe! Así me llaman mis soldados,
vasallos de mi Padre; acostumbrados
mis oídos están a voces suaves,
que, con dulzura, pronunciarme sabes.
¿No eres la misma que te he merecido?

SOLAYA
Soy la misma, y seré, que antes he sido,
pero más desgraciada.

SELIN
¿Quién te ofende?
Mi corazón que te ama no te entiende.
¡En tus hermosos ojos tanto llanto!
¡En tu pecho, que es mío, tal quebranto
¡Tú, triste! ¡Tú, llorosa! El mundo entero
ha de temblar al brillo de mi acero.
Declárame quién es el que se atreve
a dar pesar a quien obsequio debe.
Pronuncia, y mataré

SOLAYA
¿Quieres vengarte
del que de mí pretende separarte?

SELIN
Sí, Solaya.

SOLAYA
¿Prometes?

SELIN
Sí, prometo;

de mis iras será sangriento objeto...

SOLAYA
Mira, Selin, que está de ti querido.

SELIN
Aunque esté de los cielos protegido,
como la causa sea de tu pena,
mi amor a mis rigores le condena.

SOLAYA
Pues desenvaina, Príncipe, tu acero
y hiera al que es motivo verdadero
de tu dolor. Empieza a sorprenderte:
abre mi corazón; mi sangre vierte.

SELIN
¿Qué enigma tu tristeza me propone?
¿Tu sangre a nuestras dichas hoy se opone?
¿Qué? ¿Tu pecho se opone a mi deseo?
O no entiendo tu mal, o no lo creo.

SOLAYA
Tenlo por cierto; te amo tiernamente.

La muerte o vida me es indiferente,
pero no lo será, Selin, dejarte.

SELIN
Acaba, mi Solaya, de explicarte.

Si me quieres, y he visto que tu hermano,
como tu corazón, me da tu mano
¿Cómo se opone?

SOLAYA
¡Ay, lamentable día
en que la necia ligereza mía
Casalia, una congoja me ha turbado

[Se desmaya y cae en los brazos de Casalia]

SELIN
¡Cielos! ¿Qué es esto?

CASALIA
¡Ay, Dios, se ha desmayado!

SELIN
¡Solaya!...

ESCENA TERCERA

[Los mismos y un oficial tártaro]

OFICIAL

Un joven noble circasiano,

que dice de Solaya ser hermano...

SELIN

¡Su hermano!... Si la mira en este estado,

creerá que mi rigor la ha maltratado.

Testigos seréis todos cuantos miro

que confirmen a Heraclio y a Casiro

en que la adoro, y trato como diosa.

Aparten a esa triste, cuanto hermosa,

de modo que su hermano no la mire.

También será forzoso me retire,

porque no manifieste mi semblante

mi alteración. [Vase]

ESCENA CUARTA

[Solaya en brazos de Casalia; guardia de tártaros, y Casiro]

CASIRO

Mi pecho, que, arrogante,

avanza sin temor, y aun sin cuidado,

no duda, al ver que, por Selin llamado...

Mas, ¿qué veo? ¿Mi hermana desmayada?

¡Ah, tropa a la rapiña acostumbrada!

¿Dónde lleváis la triste hermana mía?

¿Si muerta está, sí vive todavía?

Dejádmela abrazar.

[Viendo a su hermana rodeada de tártaros, los ataca espada en mano. Éstos huyen y Casalia también, dejando a Solaya en brazos de su hermano]

CASALIA

Todo es perdido.

Digamos a Selin lo sucedido. [Vase]

ESCENA QUINTA

[Solaya y Casiro]

CASIRO

¡Hermosa hermana mía desgraciada!

¿Qué es esto? ¿Callas? ¿No respondes nada?

¿Respiras? ¿Me conoces? No merece

tu corazón lo que por ti padece

el mío, que te ve de esta manera.

SOLAYA

¿Qué voz amable, al paso que severa

qué objeto es éste que temblando miro?

[Volviendo del desmayo]

CASIRO

¿Y quién está en los brazos de Casiro?

Por cierto, no será la hermana mía;

otras ideas de virtud tenía.

El noble modo con que fue criada,

a la lección de honor acostumbrada,

que oyó del Padre y vio de los hermanos,
la apartarían

SOLAYA

¡Cielos soberanos!

¡Mi hermano! ¿A qué has venido? Vuelve presto,

no tenga aquí tu vida fin funesto.

CASIRO

¿No nos llamó Selin? Tu Padre viene
también; a sus enojos te previene.

SOLAYA

Es cierto que Selin llamarte quiso,
pero fue por mi engaño; fue preciso
mentirle, por huir de mayor daño.

CASIRO

¿Puede haberle mayor que el de un engaño?

Aunque otro mal tu error no produjera
que la mentira que lo cubre, fuera
bastante para que lo abominaras,
si a la virtud alguna vez miraras.

Mi Padre, cuando supo tus errores,
mudando sus cariños en furores,
harto tiempo, me dijo, te contuve,
y el brazo que extendías yo detuve;
pero ya te lo mando: marcha, hiere,
atropella las guardias, mata o muere.

Anciano y débil soy, mas ya te sigo.
De su muerte, y mi honor, seré testigo,

ya que no puedo ser el instrumento.

Nueva culpa será cada momento.

Esto dijo; y su voz añadió brío,
para romper tu pecho, al brazo mío.

SOLAYA
¡Hermano!

CASIRO
No lo soy de quien me infama.

Sordo a tu voz, la del honor me llama.

Sin vida, has de quedar, o sin amante.

Mi brazo ha de romper en este instante

tu indigno pecho, o tu afrentoso lazo.

¿De quién auxilio esperas?

ESCENA SEXTA

[Los de la anterior y Selin]

SELIN

De mi brazo.

¿La espada sacas contra el dueño mío?

¿Esa es temeridad o desvarío?

¿Con qué razón olvidas lo que debes?

CASIRO

Con la misma, Selin, con que te atreves

a quebrantar las leyes y tratados

Estamos de pasión arrebatados:

yo, de venganza; tú, de amor. No es justo

que pueda menos el honor que el gusto.

Tú robas a Solaya; yo la mato.

A ti el amor, a mí el honor me es grato.

Ella siempre será la desgraciada,

al rapto o a la muerte destinada.

ESCENA SÉPTIMA

[Los de la anterior, y Hadrio y Heraclio]

HADRIO

¿Si habrá espirado ya? ¿Pero, qué miro?

[A Heraclio]

HERACLIO

Con Solaya y Selin está Casiro.

[A Hadrio]

SELIN

Yo no la robo, ni tan fiero he sido.

[A Casiro]

Me agravias sí de mí tal has creído.

La vi, y me vio; mirarnos y querernos

lo mismo fue: con mil halagos tiernos

yo procuré buscarla enamorado;

correspondió su amor a mi cuidado.

HADRIO

¿Te parece, Selin, que es muy distante

de robo, aquel falaz acento amante

que a las mujeres sirve de violencia,

y en sus pechos inspira tal demencia,

que ni pueden ni saben defenderse?

Por más que por ladrón debe tenerse

quien del alma las fuerzas ha robado.

Si sabes que a Solaya te ha negado

el cielo, que se opone a tu deseo,

libertando su nombre del sorteo;
si sabes... mas, ¿qué digo? ¿No conoces
que son traidores las amantes voces
con que persuades su inocente oído,
conducto de su pecho seducido?
¿Tú, Príncipe te llamas? Considera
que abates lo eminente de tu esfera.

Mira que las empresas más gloriosas
suele hacerlas amor ignominiosas.

SELIN
¿Con qué poder te atreves, circasiano,
a reprenderme con estilo ufano?

HADRIO
Con el que dan las leyes, la justicia
y mi razón, igual a tu malicia.

HERACLIO
Con el de la virtud, que es invencible.

CASIRO
Y con el de este acero irresistible.
Largo tiempo callé. ¿Si habías juzgado
que el valor circasiano me ha faltado?
La espada, que saqué para mi hermana,
tu sangre verterá.

SOLAYA

¡Suerte inhumana!

¡Amante! ¡Hermanos! ¡Padre! Considera

que siento de mis ansias la postrera

al ver que tantos males he causado.

HERACLIO

¿Y qué mal a los hombres no ha formado

la belleza? Pues tú tantos causaste,

calma la tempestad que levantaste,

antes que en sus horrores confundidos

queden los vencedores y vencidos.

CASIRO

Inútil es aquí el discurso; obremos.

Tus fuerzas, oh Selin, bien conocemos,

y que están los contornos rodeados

de tropa atroz de tártaros soldados,

humanas fieras de rigor sedientas,

y más feroces mientras más sangrientas;

y podrás, por lo mismo, fácilmente

inmolarnos a todos, si, imprudente,

alguno de nosotros remitiere

a las armas el lance. Pero hiere,

manda a tus monstruos ejercer sus furias:

menos crueles serán que tus injurias.

Perezca, en este miserable día,

de esa tu amante, de mi hermana impía,

el triste Padre, el infeliz hermano,
a las armas de amor y de un tirano.
Derrámese la sangre desdichada
de toda mi familia asesinada,
primero que se mezcle con la tuya.
No será de la mía aquel que huya.

SELIN

Si mi pecho escuchara, oh sabio anciano,[A Hadrio]

de ese joven audaz el tono ufano,
¿Mi juvenil ardor no se encendiera
y a cenizas tu casa redujera?

Pero no, de tus canas he aprendido
a templar el rigor. Enardecido,

más que prudente, oh joven, me has hablado.

[A Casiro]

Calma tu furia, pues me ves calmado.

Para que ver podáis en este instante
que no es Selin tan fiero ni arrogante

que, de sus muchas fuerzas confiado,

puede haber la razón atropellado.

Sin respetos de amante, ni de Padre,

ella resuelva lo que más le cuadre:

si seguirme a Tartaria determina,

ceded vosotros, porque la ruina

de toda vuestra patria originara

el que frustrar mis dichas intentara.

Y si resuelve su pueril ternura
no abandonar su patria, os asegura
Selin dejarla en vuestros mismos brazos,
porque tuviera por infames lazos
los que desde Circasia la llevaran,
sí con su voluntad no la ligaran.
¿Qué os parece, decid, la idea mía?

HADRIO
Virtud grande.

HERACLIO
Prudencia.

CASIRO
Cobardía.

Virtud parece, pero miedo ha sido.
¿Qué amante, por su amor, no es atrevido?

HERACLIO
Prudencia, pues reserva tu nobleza
para el último trance fortaleza.

HADRIO
Virtud, pues dejas en el alma suya
libertad porque busque o porque huya,
o del mal, o del bien que se presente.

SELIN
Despreciando, Casiro, tu insolente
orgullo, hasta que veas algún día

si me mueve prudencia o cobardía,

a vosotros repito lo propuesto.

Aguardo tu respuesta; dala presto;

[A Solaya]

pronuncia luego, de tu boca hermosa

la sentencia infeliz o venturosa:

esperamos tu Padre, amante, hermano.

Tu labio, con dominio soberano,

con una sola voz, un leve acento,

mudará a su placer, en un momento,

a Circasia feliz, en desdichada,

y un alma tristemente atormentada,

entre dudas de amor, honor y susto,

en el sumo contento, paz y gusto.

HADRIO

Hijos: logremos la ocasión dichosa

que nos ofrece un alma generosa.

SOLAYA

Yo también llena de ansia, Padre amado,

momentos, como siglos, he callado.

Mujer, mujer amante y desgraciada,

mucho tiempo callé.

HADRIO

Habla, hija amada.

SOLAYA

En tan tristes dudosas reflexiones,

no veo mas que sombra y confusiones.
Los varios sobresaltos que os agitan,
cada uno separado, se ejercitan
unidos contra mí, pues juntos miro
las rabias y furores de Casiro,
de Selin el amor y de Hadrio el llanto,
con la razón de Heraclio y su quebranto.
Quiero decirlo todo, y nada puedo;
moverme quiero, estatua inmóvil quedo.
En vano en este caos que se ofrece,
elijo un medio que mejor parece;
apenas va mi boca a proferirlo,
cuando otro viene, y logra destruirlo.
Dejadme sola todos, porque quiero
de estos partidos ver el menos fiero,
si hay medio en tanto mal.

HADRIO

Hijos amados,

dejémosla al rigor de sus cuidados.

Determine por sí, no la estorbemos,

y cuando esté resuelta, volveremos.

Adiós, Solaya, adiós. Adiós te dice

un Padre anciano, fino, e infelice

si lo dejas. [Vase]

HERACLIO

Adiós, dice tu hermano.

¿Será tu corazón tan inhumano? [Vase]

CASIRO

Casiro soy; recela tu castigo. [Vase]

SELIN

Y yo tu amante: nada más te digo. [Vase]

ESCENA OCTAVA

[Solaya y Casalia]

SOLAYA

El cielo os guíe: el mismo me ilumine

para que el menor daño determine

en medio del honor, amor y espanto.

No me dejes, Casalia, en tanto llanto;

de tu amistad recibiré un consuelo

que me ha negado, por mi culpa, el cielo.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

[Hadrio, Casiro y un oficial circasiano]

HADRIO

¿Está todo dispuesto? ¿Los soldados

ocupan ya los Puestos señalados?

¿Están todas las armas prevenidas?

Di, ¿tomáronse ya las avenidas

de este palacio? ¿La metralla queda

de modo que escaparse nadie pueda

sin morir o rendirse en la batalla?

OFICIAL

Como tú lo mandaste, todo se halla.

Un número pequeño, pero osado,

con la mayor presteza se ha juntado,

de circasianos mozos y valientes;

de las tristes esclavas son parientes,

e impaciente su amor de libertarlas:

tus órdenes esperan,

HADRIO

A tomarlas

ven, cuando yo te llame.

CASIRO

Padre mío,

¿cuándo puede lucir mi noble brío,

cuando veo la ocasión, en que mi espada
quede con nueva hazaña señalada,
sin mí conduces tropas al combate?
¿Tu honor se ensalza, cuando el mío abate?
¿Tu brazo armado, el mío descansando?
¿Por qué no me das parte de tu mando?
Si no soy digno de mandar contigo
(duda que decidiera el enemigo)
llévame, al menos, ya que no a tu lado,
al frente tuyo por primer soldado.
No habrá peligro que a espantarme baste,
¿Para qué, Padre mío, me engendraste
si no me he de mostrar ser hijo tuyo?
No sabrá si obedezco, o bien si huyo,
quien no me vea al pie de una bandera.
Mi edad, mi honor, y el tuyo considera,
y llévame a la acción premeditada [Hincándose]
o pásame este pecho con mi espada.

HADRIO

Las nobles quejas que me da tu brío,

Casiro, prueban que eres hijo mío;
y el llanto de ternura, a que me mueve,

ser yo tu Padre confirmarte debe.

Llega a mis brazos, temple el pecho helado
con el tuyo, de amor tan incendiado.

Serena, templada, cuerdo, tus ardores
y reserva a otro tiempo esos furores;
en este más conviene la prudencia.
Esta disposición y diligencia
es sólo prevención, por si no viene
Selin, en cuanto concertado tiene
de dejar a Solaya, si ella, fina,
a no dejar mi amor se determina.

CASIRO

Si tienes esperanza de lograrlo,
debes a mi valor comunicarlo.
Por mi amenaza acaso amedrentada

HADRIO

Hijo: Casalia, su leal criada,
me acaba de decir que está afligida,
irresoluta, triste y combatida
entre mil diferentes sentimientos
de Padres y de amante, tan violentos,
que ya cede a mi amor, ya al de su amante;
y aunque, en sus variaciones, inconstante,
está indecisa, la virtud parece
la obliga más. Si en ella permanece
y el tártaro la roba a la caricia
de mi paterno amor, y a la justicia,
fuerza será con armas obligarle
a lo que la razón debe inclinarle.

Junté, para esto, tropas cautamente.

Éste es el conductor y confidente

de empresa tanta, de tan digno objeto;

y no quise fiarte este secreto,

porque tu ardor el lance malograra,

y confirmado nuestro mal quedara.

ESCENA SEGUNDA

[Los de la anterior y Casalia]

CASALIA

Señor, mi lealtad me da permiso
para traerte mi segundo aviso,
de que Solaya está tan inclinada
a no dejar tu vista y casa amada,
que casi determina en este instante
negarse a la presencia de su amante.
No me jacto, señor, de haber yo sido
quien la haya a tanto esfuerzo reducido,
pues sólo por su honor y su nobleza
prefiere la virtud a la terneza.

CASIRO

¿Qué nos dices, Casalia? ¿Lisonjeas,
con tan gratas palabras, mis ideas?

HADRIO

¿Qué? ¿Se confirma, oh cielos, en lo justo?
Al recibir tan no esperado gusto,
¿cómo mi corazón no se deshace?
Dime, Casalia, más; di, satisface
las ansias con que escucho esta noticia.

CASALIA

Vuelvo a decir, señor, que con justicia
puedes manifestar tanto contento.

CASIRO

¿Adónde Heraclio está?

HADRIO

Dulce momento,

que vuelve en alegría la tristeza

que antes me ocasionó su ligereza,

Casalia, ve; prosigue sin dejarla;

procura, con vigor, determinarla;

es justo que por todos te intereses,

aun sin contar la ley que la profeses,

por el tiempo que asistes a su lado

(pues desde niña la has acompañado).

¡Ay! Muévate, Casalia, un Padre anciano,

una Patria, una Casa y un hermano;

y muévate ella misma, que, ignorante,

se entrega, necia, a un extranjero amante.

CASIRO

Sobre todo, vigila que a mi hermana

Selin no pueda, con lisonja vana,

persuadirla otra vez a sus intentos:

o el Asia abrasaré con mis tormentos.

HADRIO

No, hijo; no lo temas. He creído

que el cielo ya se habrá compadecido

de mi mal, y que gustos me previene;

otro, y grande, recibo: Heraclio viene.

ESCENA TERCERA

[Hadrio, Casiro, Casalia y Heraclio]

HERACLIO

¿Es ilusión, señor, lo que he escuchado?

CASIRO

Nuestra suerte los cielos han trocado:

Solaya casi está determinada

a no dejar su Casa. Su criada

Casalia, nos ha dado esta noticia.

HADRIO

Sí, hijo. La fortuna ya propicia

va volviendo lo fausto de su rueda.

Quieran los cielos que fijarse pueda.

Dadme, y tomad la justa enhorabuena;

consolado me veis de tanta pena.

A mis brazos llegad, dignos sustentos

de mi débil vejez, nuevos alientos

de mi alma, y de mi cuerpo, ya cansado.

HERACLIO

Con respeto y amor, Padre adorado,

a tu llanto acudimos con el nuestro.

HADRIO

Y yo mezclo mi gozo con el vuestro.

¡Felices! ¡Cuán felices hoy seremos

si el bien de nuestra Casa recogemos!

ESCENA CUARTA

[Los de la anterior, Selin y Kaulin]

SELIN

¿Qué escucho? ¡Con tal gozo se entretienen!

KAULIN

A ver a su Solaya se previenen.

SELIN

¿Qué es esto? ¡Circasianos! ¿Con qué aliento

publicáis vuestro gozo, y mi tormento?

¿A Solaya esperáis? ¿Tan flaca ha sido

que su primer amor no ha mantenido?

¿Por vosotros me olvida? ¿Ya me deja?

Al cielo llevaré mi justa queja,

por no haber ayudado a la franqueza

con que yo me fié de su terneza,

cuando teniendo ami orden gente armada

que apoyase mi idea, confiada

en sus ojos mi voz, con complacencia

abandoné a su arbitrio mi sentencia.

CASIRO

¿Pues qué, Selin? ¿Tu corazón creía

falta de honor la triste hermana mía?

Mujeres nobles, si, al primer rebato

de amor, lo admiten con semblante grato,

al conocer que en el peligro se hallan,
habla el honor, y las pasiones callan.

SELIN

El estilo que escucho (diferente
del que, ha poco, tenía vuestra gente)
me prueba que Solaya me ha dejado;
pero como esto no se habrá logrado
sin que vosotros, contra el pacto hecho,
hayáis trocado su inocente pecho
(sospecha que confirmo cuando advierto
la tropa junta con destino incierto)
yo juntaré también las que he traído,
aunque distinto su destino ha sido.
Callasteis a mi voz; vuestros soldados,
de los míos quedaron espantados;
y aún se ocultaron vuestros Generales,
conociéndose a mí tan desiguales.
Sólo para impedir la dicha mía
el furor, no el valor, es quien los guía.
Del vil guerrero, que el honor no mueve,
la débil saña despreciarse debe;
pero el traidor, que falta a lo pactado,
debe ser por mi brazo castigado.
¡Adiós! No os digo más. Pero allí miro
a Solaya. Escuchad, Hadrio, Casiro,

Heraclio: no le habléis; dejad el puesto,
no se provoque mi rigor con esto.

Mi blanda suavidad, que habéis notado,
se trocará en rigor.

HADRIO

Ya lo has mostrado,

pues sólo de una débil apariencia
infieres la traición como evidencia.

No creas que al tratado te faltemos;

si algunas cortas tropas disponemos

es sólo porque (oh, Príncipe, perdona
esta ternura, que mi amor abona)

Solaya, de mil dudas combatida,

está casi a dejarte decidida;

en cuyo caso, como fácil fuera

que tu amoroso pecho se opusiera,

es justo que nos halles preparados

a defender los puntos ya pactados.

Esta sinceridad debe aquietarte.

¡CASIRO

Mas, ni por ella, debes tú gloriarte

con la arrogancia que tu labio osado

habló de nuestras tropas. A mi lado

serán héroes los hombres que desprecias,

con hechos tales, no con voces necias.

SELIN

Una vez que esto nace de aquel pecho

(que tal vez yo perdí, por satisfecho)

segunda vez palabra vuelvo a daros

no sólo de que no ha de arrebatáros

a Solaya mi ardor, sino que os juro

que esté su corazón de mí seguro;

no he de hablarla, ni verla; no merece

mi amor aquella que dudar parece

entre varios respetos, vacilante

sobre cualquier amor y el de su amante.

Allí viene; dejadla.

HERACLIO

Si ella vuelve,

y otra vez a tu afecto se resuelve,

la dejaremos.

SELIN

Sí. Kaulin, detente.

Sin que atrevido seas ni imprudente,

su rostro observarás; su voz escucha;

de sus afectos notarás la lucha;

y dame la razón de lo que veas.

KAULIN

Observaré, señor, lo que deseas. [Vase Selin]

HADRIO

Vamos. Ya te seguimos, venerando
el pacto, no por ti, ni por tu mando,
sino por la justicia, y porque es justo
sacrificar a la palabra el gusto.[Vanse todos menos Kaulin]

ESCENA QUINTA

[Solaya, Casalia y Kaulin]

SOLAYA

Las últimas razones que decía [A Kaulin]

el noble dueño de la mano mía

yo también las oí; con vano intento

te quedas a indagar mi pensamiento.

Yo misma no lo sé; sí, te lo juro.

En vano a mi alma consultar procuro;

me deslumbra su luz, no me ilumina.

Entre delirios, mi razón camina.

KAULIN

Dolor me causa el que tu pecho siente.

SOLAYA

Ya no siento dolor, que estoy demente.

Y para más tormentos he escuchado

que Selin, con tibieza, ha declarado

indiferencia en la conquista mía;

por muy pequeño lauro me tenía

cuando, por mantenerme, no se opuso

a todo el mundo, cuando no dispuso

que su amorosa llama se juntara

a la de la venganza, y demostrara

que no merece ser amante amado

quien de su amor no está tan dominado

que su pasión prefiera a todo el orbe,
sin que la misma muerte se lo estorbe.

Por otra parte, siento más martirio:

conozco que mi amor es un delirio.

Si me amara Selin como le quiero,

su amor trocara en un rigor severo;
mi familia infelice pereciera.

Él ganara mi mano, y yo perdiera

mi Padre, mis hermanos y mi Casa.

Mi corazón, oh cielos, se traspasa;

crece mi ceguedad en mi porfía.

¡Ay, mi Selin! ¡Ch, Padre! ¡Oh, Casa mía!

Solaya... ¿Qué? ¿Te humillas? ¿Te amedrentas?

¿Te espanta tu dolor? ¿Qué es lo que intentas?

¡Cielos tiranos! que en mi pecho tierno

ponéis todas las furias del infierno,

¿por qué me dais un corazón sensible,

si tan inmenso mal es insufrible?

¿Será justo que un pecho generoso

se humille al hado poco venturoso?

Valor, Solaya, acuérdate quién eres...

¡Débil razón, lisonjearme quieres!

¿Para qué me propones tal firmeza,

si el triste corazón todo es flaqueza

Kaulin, Casalia, nobles confidentes

de dos pechos amantes diferentes,

pues uno todo es paz, dicha y sosiego,
y el otro turbación, desdicha y fuego,
idos; decid... decid... ¿qué he de decir
que en mi nombre digáis?... Si de suspiros,
sollozos, ayes, llantos y lamentos
el estilo entendéis y sentimientos,
tú dirás a Selin... tú a mis hermanos,
que yo... ¿mas qué diré, cielos tiranos?

CASALIA

¿Diré a tu Padre que ya has conocido
tu yerro, y que deseas (confundido
tu pecho de dolor, rubor y espanto)
regar sus pies con tu debido llanto?
¿Quieres que a tus hermanos de tu parte
pida que se apresuren a ampararte,
persuadiendo a tu Padre a la clemencia?

SOLAYA

No tardes, y con viva diligencia
expresa mi vergüenza y sentimiento;
si puedes explicarle lo que siento.
No tardes en volver un solo instante.
¡Oh, tierno Padre mío!

KAULIN

¿Y a tu amante,
diré que ya no espere más ternura

su amor, de tu cariño y tu hermosura?

¿Qué le diré de ti? Tu voz espero.

SOLAYA

Que, ingrata, o fina, por su amor yo muero.

KAULIN

¿Qué más diré?

CASALIA

... tu turbación admiro...

SOLAYA

Diréis al uno y otro que deliro.

Pues me enviáis, oh cielos, tantos males,

acentos tristes inspirad iguales,

para que expliquen el atroz estado

en que queda mi pecho atormentado.

Ya no pido me deis un alma fuerte;

ninguna bastará; dadme la muerte.

Más fácil es, más breve, más honrosa:

la más pronta será la más gloriosa.

ACTO IV

[Salen Solaya, Casalia y acompañamiento de circasianas]

CASALIA

La noche va llegando en que tu amante

infeliz o feliz, falso o constante,

con tu mano o sin ella marchar debe.

Todo está pronto; nada lo conmueve.

El viaje se dispone: sus soldados

a la inmediata marcha preparados

anuncian su presteza y sus contentos

al son de los marciales instrumentos.

Estas mujeres, que la suerte impía.

esclaviza a tan dura tiranía,

con los últimos ayes se despiden

de sus parientes; estos no lo impiden,

antes, afeminados, al perderlas

las lloran en lugar de defenderlas.

Tan fuerte es el terror que les imprimen

las armas que los tártaros obliguen.

SOLAYA

Tristes mujeres, cuyas hermosuras

os causan tan injustas aventuras,

no envidiéis mi fortuna; si perdisteis

vuestros parientes, nada les debisteis.

Al tártaro os dejaron entregadas,

y vuestras almas, nunca acostumbradas

al halago de Amor ni a sus rigores,
a la suerte podrán ser superiores,
mas hoy siento en mi pecho vacilante
de mi Patria el amor y el de mi amante.

A la tártara corte conducidas

pasaréis tibiamente vuestras vidas.

La que agradare al Kan será dichosa;

la turba de las otras, poco ansiosa

por un bien que jamás han conocido,

sin pena vivirá, dando al olvido
su ingrata patria, que conoce apenas.

Nunca serán mis dichas tan serenas:

que me quede o me vaya, mi fortuna

siempre triste será, siempre importuna.

¿Qué dijiste a mi Padre?

CASALIA

Yo le dije

que la memoria de su amor te aflige.

SOLAYA

Amiga, ¿le explicaste con viveza

mi llanto, mi rubor y mi terneza?

¿Dijiste que mi llanto ya he apagado,

con el duro dolor que me ha costado?

¿Contástele el estado de mi pecho?

CASALIA

Sí, señora; al oírme, satisfecho,

a sus hijos llamó; en su compañía

venir a resolverte pretendía,

a que tomases el mejor partido.

Ya sabe que si amor te ha seducido,

la reflexión te muestra tu injusticia

y te vuelve el honor a su caricia.

No tardará en llegar, haz que te vea

tu anciano Padre, como lo desea.

[Sale Kaulin]

KAULIN

Al Príncipe, al amante que te adora,

en fuerza de tus órdenes, señora,

cómo quedabas, dije; y recelando

que de tu Patria el atractivo blando

acabase, contra él, a resolverte,

sabiendo que tu Padre viene a verte,

también llega con tropa dividida.

Aquí está ya, señora.

SOLAYA

¡Ay, triste vida!

[Sale Selin, con guardia de tártaros]

SELIN

Perdonarás, Solaya, la osadía

de interrumpir funesto la alegría

con que publicas tu filial afecto.

Yo no quiero oponerme; mi proyecto
no es de turbar tu corazón, señora.
Sólo he venido a despedirme ahora
de ti, para mi patria. Mi partida
sobrado tiempo ha sido diferida.
Tus ojos y mi pecho me engañaron,
de mi deber preciso me apartaron.
Ya que no puedo más lisonjearme,
marcho y te olvido; acaba de olvidarme.

SOLAYA
Casalia, di, ¿qué es esto que me pasa?

Esta tibieza de Selin me abrasa.

SELIN
¿Ni respuesta merezco? En vano ha sido
haber en otro tiempo merecido
todo tu amor, que referir no quiero,
si a lo amante sucede lo grosero.

SOLAYA
¿Qué respuesta hallaré, Selin, que baste?

Tú mismo mi silencio ocasionaste.
Bien sabes, y no creo que lo olvides,
aunque borrarlo de tu pecho cuides,
bien sabes (ah, Solaya desgraciada)
que mi voz, a tu voz esclavizada,
eco fue de la tuya, con qué anhelos

respondía a tus quejas y tus celos.
Pero el estilo que usas al presente
es ingrato, Selin; tan diferente
que no lo entiendo. Me hablas con tibieza.
Si acaso es amorosa sutileza
por probar el estado de mi pecho,
me agravias si no vives satisfecho.

SELIN

No, señora; no es arte, ni he creído
que pueda en el amor ser permitido.
Es sólo haber sabido que a tu amante
ya te has cansado de vivir constante.
Tu Patria más te mueve; en ella queda,
deja que yo a la mía volver pueda.
También tengo yo Patria y Padre; es justo
que no me prives de este mismo gusto.
Kaulin, mi tropa marche, adelantado
de dos horas el plazo señalado.
Adiós, señora, adiós.

SOLAYA

¿Adónde, aleve,
marchas tan presto? ¿Así tu amor se atreve
a dar a las tinieblas del olvido
las voces que en mi pecho has esculpido?
¿Por sola una sospecha no aclarada

rompes la fe, con tanto amor jurada?

SELIN

Tu queja sí que es arte; pero en vano.

Yo marchó.

SOLAYA

¿Marchas? ¿Dónde vas, tirano?

¿Qué buscas? ¿De quién huyes, fementido?

¿Buscas la dura tierra en que has nacido,

en medio de unos bárbaros soldados,
al robo, rapto y muerte acostumbrado?

¿Huyes de una mujer, cuya terneza

domesticó tu bárbara fiereza?

Si tal haces, si dejas a esta triste,

de la sangre real tú no naciste,

ni humana fue tu cuna; en un collado

del Cáucaso, por fieras habitado,

alguna te abortó; sobre una roca

mamó la leche tu inhumana boca

de la loba o leona más furiosa,

tigre sangrienta, o áspid engañosa,

o bien del mar en la desierta arena

(donde aprendiste el arte de sirena)

las olas te arrojaron espantadas

de ver tantas maldades congregadas,

pues juntabas, aleve, en tu persona

ardides del áspid, furias de leona,

inconstancias del mar, pues con dureza,
cual sirena engañosa, tu fiereza,
sordo al clamor y a mi fatal quebranto,
insensible te muestras a mi llanto.

Anda, bárbaro infiel, que mi amor puro
nunca podrá enlazarse a un pecho duro.

SELIN

Si merezco, Solaya, tales quejas,
por dejarte, las mismas, pues me dejas,

mereces y mayores, porque has dado
motivo a la tibieza que he mostrado.

Ufano de mi suerte me aplaudía,
dichoso con tu mano me creía;
y dejando a elección de tu albedrío
lo que pude deber sólo a mi brío,
mi bien y mal, mi lauro y mis agravios
fío mi pecho de tus falsos labios;
y mientras mi sentencia pronunciaran,
mandé que mis soldados se juntaran
por si tu gente arrebatarse quería
tu mano, que ligabas a la mía.

En vano tu familia preparaba
sus furias contra mí. Yo me alentaba
contra tanto rigor, con tu memoria.

Guiábame el camino de la gloria

que ganara mi pecho en la pelea,
Solaya ingrata, tu amorosa idea.
En medio de la acción ya me veía
(mira con qué arrogante fantasía)
por polvo, sangre, fuego, horror y muerte,
yo ciego, y más de amor, pensaba verte.
Tu imagen los rigores suavizaba;
en tanto susto sin temor estaba,
esperando del día el fin ufano,
para lograr que mi dichosa mano
deudora tuya de victorias tantas,
pusiese mis laureles a tus plantas.
En pago de un amor tan elevado,
con Casalia a tu gente has avisado
que abandonarme intentas. Complacidos
estaban juntos, cuando a mis oídos
el júbilo llegó, con que aplaudía
tu alegre Casa la desgracia mía.
Llegué; los vi; tu Padre en medio estaba
que a los dos hijos suyos lo contaba,
juntando tropas para detenerme,
por si acaso quisiese yo oponerme.
¡Y te quejas de mí! ¡Quién lo creyera!
Yo sí, quejarme de tu fe debiera;
Yo sí, pudiera en tierno sentimiento
entregado al dolor de mi tormento,

a tus plantas pedirte por los cielos
que respondieses a mis justos celos.
Mas no, Solaya. Mi alma considera
que tanta sumisión bajeza fuera;
un hombre puede en lágrimas pueriles
dar tales quejas, pero fueran viles
en Príncipes. Los pechos elevados,
por su cuna o empleos ensalzados,
deidades son que avergonzarse deben
de los afectos que a los hombres mueven.
Para descanso de mayor fatiga,
el amor muchas veces nos obliga;
pero si llega amor a ser empleo,
lo miro como indigno a mi deseo.

SOLAYA

Pues qué, ¿el amor tan bajo te parece?
¿Pretendes que el amor nunca merece
llenar el corazón de un Soberano?
¿Qué? ¿Se desnuda, acaso, de lo humano
el que la regia púrpura se viste?
Lo feroz con lo regio confundiste.
Si el hombre es insensible, es de otra esfera,
es menos que hombre y se convierte en fiera.

SELIN

Un sí o un no te pido. Ceder puedo;
pero si ves que a los amores cedo,
no creas que me rindo a tu hermosura,
tus suspiros, tu llanto y tu ternura,
sino a mi honor, que equívoco quedara
si de tu amor ahora me apartara,
cuando el peligro turba los placeres.

No digo más; resuelve lo que quieres.

SOLAYA

¿Cuándo he de resolverme?

SELIN

Ahora mismo.

SOLAYA

¿No ves, Selin, el horroroso abismo
de dudas en que me hallo? ¿No reparas
(y bien lo repararas si me amaras)
que mi pecho, entre un Padre y un amante

SELIN

Has de determinarte en este instante,
o en él me ausentaré de tu presencia.

SOLAYA

Con qué rigor pronuncias esa ausencia;
poco te cuesta, ingrato, el proferirla,
y me cuesta mil vidas el oírla.
Tu labio está sereno al pronunciarla,
y mi pecho se parte al escucharla.
Un plazo corto si... mi Padre atento...

Yo no sé qué pronuncio ni qué siento,
y más me ahogo mientras más suspiro;
sólo sé que te adoro, y que deliro.
Ceda el patricio al amoroso exceso.
Selin, esta es mi mano.

SELIN

Y yo la beso,

jurándote por ella ser constante

esposo tuyo, como fui tu amante.

Llegad, soldados míos, saludadla;

Princesa vuestra y mía proclamadla.

KAULIN

En su nombre, señora, en tan dichoso

día, para Tartaria el más glorioso,

me ofrezco, dando gracias a mi suerte

de que ya sin recelo llego a verte

esposa de Selin. Nuestra ventura,

cuantas gracias admira en tu hermosura,

tantos años felices te mantenga

que la fortuna, sin variar, se tenga

esclavizada al brazo de tu esposo

y que de ambos el nombre venturoso

por infinitos dignos sucesores

se lleve a las edades posteriores.

[Salen Hadrio, Heraclio y Casiro]

HADRIO

¿Qué miro? ¿Se engañaron mis sentidos?

Estamos, hijos míos ya perdidos.

Cayó de mi Solaya la firmeza,

CASIRO

Pues caiga a nuestras plantas su cabeza.

SELIN

La razón temple vuestro enojo ciego.

Ilustre y sabio anciano, yo no niego

que con sobradas causas hoy te aflija

la pérdida sensible de tu hija;

pero pactamos que ella decidiese

de su destino, y nadie se opusiese.

Ya decidió, Soldados, rodeadla;

de todos sus parientes apartadla

Y marche en medio de mi comitiva

a nuestra Patria, en que Princesa viva.

HADRIO

¡Selin, su Padre!...

HERACLIO

¡Príncipe, su hermano!...

CASIRO

¡Tártaro usurpador, monstruo inhumano,

mi hermana vuelve, que si no mi brío!

SOLAYA

Casiro, Padre, Heraclio, amante mío...

SELIN

¡Guardias, el que la toque, al punto muera!

Di, Solaya, a tu Padre, la postrera

palabra de cariño.

SOLAYA

¡Oh, Padre amado!

HERACLIO

¡Ay!, ¿cómo el cielo a tu delito, airado,

no truena, y con el rayo más severo

tu pecho, este palacio, el orbe entero,

no aterra, rompe y hunde? ¿Cómo aguanta

delito tan atroz, infamia tanta?

HADRIO

¿Me dejas, hija?

SOLAYA

Padre, ¡ay Dios!, no dudo

que mi cariño ser delito pudo,

pero ya que a Selin juré firmeza,

fuera crimen mayor mi ligereza. [Vase]

HADRIO

Heraclio, ya marchó Solaya ingrata,

no es el fiero Selin quien la arrebató,

sino su mismo gusto, y yo no admiro

que no la detuvimos. ¡Ah, Casiro!

HERACLIO

Dejamos su destino a su albedrío.

¡Quién creyera jamás tal desvarío!

CASIRO

No nos obliga el pacto, si advertimos

que cuando de ella convocados fuimos

hallamos a Selin, que anteriormente

estaba en su presencia; delincuente,

el tártaro ha faltado a lo pactado,

pues la ocasión sin duda ha aprovechado

para rendirla con amantes voces;

la femenil flaqueza bien conoces

HADRIO

Bien dices; no perdamos un instante;

arranquémosla del brazo de su amante.

Vuela, joven Casiro, hacia la puerta

del camino que llevan. Encubierta

en los vecinos pórticos hay gente

que vengará la injuria diligente.

Heraclio, tú congrega más soldados.

Mientras los dos estáis así empleados

yo busco por los cuartos y escaleras

de este palacio esas humanas fieras.

Los dos han de morir, si yo no muero;

dejadme solo, que vengarme quiero. [Vase]

HERACLIO

No le dejemos solo, antes sigamos
sus lentas huellas, porque así podamos
apartarle del riesgo a que se expone,
con tantos años.

CASIRO

Y lo que él propone,
nosotros, con más fuerza, ejecutemos.

HERACLIO

A los tártaros fieros atacemos,
aunque tal vez sabiendo nuestro enojo
estén dispuestos a cualquier arrojó.

CASIRO

Pero antes jura, sin compadecerte,
al uno y otro amante, dar la muerte.

HERACLIO

Lo juro. [Sale Casalia]

CASIRO

¿Adónde vas?

CASALIA

Señor, huyendo.
El palacio en horrores está ardiendo;
todo es estrago, incendio, sangre y muerte.
Tal es, Heraclio, la infelice suerte
de este palacio un tiempo respetado.

El desorden por puntos aumentado,
circasianos y tártaros perdidos,
por las oscuras salas confundidos,
son heridos y hieren mutuamente;
se oye de las mujeres el doliente
innumerable llanto en su retiro
Heraclio, corre; vuela tú, Casiro.

HERACLIO

Vamos, a nuestro padre libertemos
de riesgo tanto; el golpe descarguemos
que él quiere dar. En lances semejantes,
en que importan por siglos los instantes,
y se requiere ardor, fuerza y audacia,
la anciana edad carece de eficacia.
Pero es la juventud rayo que aterra
y abraza desde el cielo hasta la tierra
cuanto encuentra el torrente de su fuego.
jóvenes somos, ataquemos luego;
vamos a castigar delito tanto;
nuestra furia añadamos al espanto
que a Circasia han causado los amores.
Muertos han de quedar, o vencedores,
los que a su cuenta toman tal venganza.

CASIRO

Y en el rigor fundemos la esperanza.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

[Hadrio, Casiro y Heraclio, por distintos parajes, cada uno con una antorcha en una mano, y la espada en la otra; oscurecido el teatro, aunque no del todo]

HADRIO
¡Hijos! ¿Vosotros sois?

HERACLIO
Pues, ¿quién pudiera
sino tus hijos, cuya saña fiera
ningún miedo conoce, de este modo
ir registrando este palacio todo?
En busca de tu vida, que apreciamos
más que el aliento con que respiramos.

CASIRO
Los tártaros huyeron. Uno, herido,
que a mis pies, de mis manos ha caído,
me ha dicho que Selin se ha refugiado,
de su tártara tropa abandonado,
al templo que está incluso en las paredes
de este palacio.

HERACLIO
Retirarte puedes,
y sosegarte un poco. Está seguro
que escaparse no puede; y yo te juro,
en breve presentarte su cabeza.

CASIRO

Y la de la infelice vil belleza

HADRIO

Mi mismo acero ha de vengar mi injuria.

Ya siento renacer mi antigua furia.

Los tártaros verán que aún no he perdido
las fuerzas que en mi brazo han conocido
en otros tiempos, cuando, en noble guerra,
azote fue mi brazo de su tierra;
y si muero en el lance, bien pagada
será mi vida, cuando esté empleada,
buscando el fin de su carrera honrosa,
por no continuarla ignominiosa.

HERACLIO

Si a batalla campal, oh Padre amado,
se hubiese toda la Asia convocado,
osadía sería no ofrecerte
el mando de las tropas; de otra suerte
es esta corta acción.

CASIRO

Al punto huyeron

las tropas, que cobardes combatieron.
Sólo Selin, con número pequeño,
sostiene, osado, el temerario empeño.
Ya tengo, con las tropas, circundado
el paraje en que se halla refugiado;

y no merece que tu brazo ostente
su gran valor, en la acción presente.

Yo basto, que soy joven, poco experto,
contra otro joven: prisionero o muerto,
verás cómo lo traigo.

HADRIO
Son tan raros

los lances de un combate, que a dejaros
en él, sin mi presencia, ejemplo y mando,
no me resuelvo; os voy acompañando,
guiándoos al ataque de este templo.

Imitadme y seguid.

HERACLIO
Señor, tu ejemplo

no es menester para tan corta empresa;
y tu salud a todos interesa.

CASIRO
Vamos, Heraclio.

HERACLIO
Vamos, pues, Casiro.

HADRIO
Ya cedo a vuestro ruego, y me retiro.

Oíd. Traedme al ofensor y a mi hija:
él muerto y ella viva. Que la aflija
del cadáver la vista, y se arrepienta.

Donde miró su amor, mire su afrenta.

Cuidad que, en lo confuso del combate,

algún errado tiro no la mate.

Perdonad a Solaya, os lo encomiendo.

¡Ay! No quiero morir, sino teniendo

el gusto de mirarla arrepentida;

entonces, con placer, daré la vida.

ESCENA SEGUNDA

[Los de la anterior y dos oficiales circasianos]

OFICIAL 1.º

Ni un tártaro quedó. Huyeron todos
por varias partes y distintos modos.

Los que habían llegado hasta la puerta
de la ciudad, hallaron muerte cierta
a manos de los nobles circasianos.

Todos murieron, jóvenes y ancianos;
y las tristes mujeres condenadas
por el sorteo, fueron rescatadas.

OFICIAL 2.º

Selin, ensangrentado, en vano quiso
defenderse, entregarse fue preciso;
porque una tropa nuestra se introdujo
por una puerta, adonde la condujo
un criado leal. Selin fue hallado
consolando a Solaya; y ocupado,
no pudo a la defensa prepararse;
desarmado, ha tenido que entregarse.

HADRIO

¿Y Solaya?

OFICIAL 2.º

Con él. En vano, osada,
por medio de las tropas, fue, arrojada,
a tomar el acero de su amante,

y matarse con él. Llegué al instante,
y le quité el puñal. Los dos ya vienen.
Los guardias, separados los mantienen.

HADRIO

Apenas puedo sostener su vista.

La prisión de Selin es la conquista
a mi pecho más grande. Al punto muera.

Con Solaya no sea tan severa

la ciega indignación. Es hija mía;

algún tiempo mi alivio y mi alegría

Pero ¿qué digo? Muera, sin la excusa

de ser mi hija... Mucho más la acusa

mi misma sangre, a cuyo honor injuria.

Duro es amor, si se convierte en furia.

Ella al honor faltó. Merece aleve

que yo falte al cariño que me mueve

a perdonar su yerro... No por eso

deja de ser mi hija... Mas su exceso

de amor, que borra de su pecho amante

honor y parentesco... Si... No obstante

es hija, aunque no digna. Ya me quedan

muy pocos años, que mis ojos puedan

llorar mi deshonor, y arrepentida

puede ella mi decoro, con mi vida,

sostener algún tiempo. ¡Ay, hijos míos,

no cebéis en Solaya vuestros bríos!

¡Ay! No mezcléis su sangre con mi llanto:

pague Selin su culpa y mi quebranto.

Si mis ojos presencian su venida,

mi alma, con Selin enfurecida,

o tierna con Solaya, no es posible

subsista tan serena y apacible

como deben las almas superiores.

Es prudencia evitar lances mayores

que nuestras fuerzas. Voyme. Circasianos,

mi honor y amor hoy dejo en vuestras manos.

Yo me retiro donde en paso incierto

me lleva mi dolor. [Vase]

HERACLIO

O preso o muerto,

al tártaro verás.

Escena tercera

[Heraclio, Casiro y los dos oficiales circasianos]

CASIRO

Siga un soldado

de mi Padre los pasos; y cuidado

tenga de su persona respetable.

El labio calle ya. El hierro hable.

Traednos, guardias, sin perder instante,

a Selin prisionero, y a su amante.

HERACLIO

Las antorchas dejad en esta pieza;

no añadan las tinieblas su tristeza

al negro afán de la venganza mía;

ya que su luz nos ha negado el día,

asombrado, sin duda, de mi brazo,

que iba a cortar tan afrentoso lazo.

Muera Selin, mirando a quien lo mata.

CASIRO

Mire Solaya, nuestra hermana ingrata,

mire esa fiera, que su mismo hermano,

matándola, se venga por su mano.

No oculten las tinieblas los horrores

de su delito, ni de mis rencores.

Escena cuarta

[Heraclio, Casiro y un circasiano]

CIRCASIANO

Pronto llega Selin aprisionado.

HERACLIO

¿Cómo lleva lo adverso de su hado?

¿Cede al rigor? ¿Se queja de su suerte?

¿Pide la vida? ¿Espántale la muerte?

¿Propone, por librarse, algún partido?

¿Prosigue ufano, o habla ya rendido?

CASIRO

¿Al ver que, con astucia, le prendieron,

sus furias se aumentaron o abatieron?

Al arrancarlo de Solaya (amigo,

tú que fuiste de todo buen testigo)

dime, ¿lloró de amor o de despecho?

¿Qué notaste en sus ojos? ¿Y en su pecho?

Entre tanta inquietud, ¿él se conmueve?

Di, ¿cuál viene Selin?

ESCENA QUINTA

[Los de la anterior, y Selin, entre una tropa de circasianos]

SELIN

Viene cual debe.

Mientras más desgraciado, más tranquilo.

¿Extrañas este aliento y este estilo?

¿No sabes lo que debe un alma fuerte?

Apréndelo, Casiro, con mi muerte.
La miro ya; no me parece horrible;

la espero con espíritu apacible.

HERACLIO

Mucha arrogancia es esa.

CASIRO

Y osadía,

que incita a más rigor la furia mía.

SELIN

Esto no es osadía, ni arrogancia.

Esto es mirar mi suerte con constancia.

Esto es saber hacer lo que hacer debo.

A confirmaros otra vez me atrevo

en que tranquilo estoy. No lo estuviera

si culpa mía, y no desgracia, fuera.

Si peleando, hubiera yo rendido

mi acero a vuestros pies, y hubiera sido

vencido por la plebe, temeraria,

el egregio heredero de Tartaria,

mi ignominia a mi suerte se igualara;
pero no siendo así, debe mi cara
deciros de mi pecho lo sereno.

HERACLIO

Ese vigor, Selin, sería bueno

si en estado estuvieras de apoyarlo.

SELIN

Entonces no debiera yo ostentarlo.

Mi espada, no mi lengua os hablaría,

si tanta fuese la fortuna mía.

Pero, privado de esgrimir mi espada,

(a más nobles empresas destinada,

que la de castigar unos traidores)

se exhalan por el labio los ardores

que en mi pecho produce mi nobleza.

Aprenderéis así, de la firmeza

que os muestro, de qué modo os castigara

si mis armas el cielo me dejara.

Rigor fue de los cielos no dejarme

armas con que pudiera señalarme.

¿Pero qué digo yo? Favor ha sido

a que debo mostrarme agradecido,

pues me ofrece ocasión de presentaros

rara firmeza, entre infortunios raros.

Nadar en sangre, Heraclio, y en horrores,

y matar o morir entre furores,
hazañas son, si bien las consideras,
comunes a los hombres y a las fieras:
se ejercen en el bosque y la campaña;
sólo será del hombre digna hazaña
superar los acasos de la suerte,
y en todo estado ser constante y fuerte.

CASIRO

Tú has de morir, Selin.

SELIN

¡Noticia grata!

¡Cuánto rubor me quita el que me mata!

¡La persona de un Príncipe ultrajada,
entre tan viles manos profanada!

Cualquiera muerte, por atroz que sea,
muestra menos horrores a mi idea.

HERACLIO

¡Qué majestad! Su voz y su firmeza

detienen mi rencor.

CASIRO

Es sutileza

para ablandaros. Di, ¿no presenciarnos

la ofensa que nos hizo? ¿Qué aguardamos

para vengarla?

HERACLIO

No, detente, hermano;

y si tu corazón no es inhumano,

espera un poco.

CASIRO

Heraclio, considera

que el detenernos imprudencia fuera.

Tal vez su tropa, al verse ya privada

de su persona, que es tan estimada,

por ella volverá, y sus soldados,

de su afrentosa fuga avergonzados

SELIN

Sí, circasianos, sí. Tened por cierto

que si mi gente sabe que no he muerto,

formada volverá por rescatarme.

Si prudencia tenéis, debéis matarme.

OFICIAL 1.º

Señor, aquí Solaya llega.

SELIN

¡Oh, cielos!

¿Qué? ¿En la muerte me dais tanto consuelo

como dejarme ver su rostro hermoso?

SOLAYA

[dentro]

¡Ay, mi Selin!

SELIN

¡Acento delicioso!

Aquí está tu Selin, siempre constante,
infeliz o feliz, siempre tu amante.

¡Ay! Si muero al rigor de tus hermanos,
sabe que tuyo muero. De sus manos
si acaso me liberto

HERACLIO
No lo creas.

[Matando a Selin]

Llega, llega, Solaya, porque veas
tu ignominia y locura castigada.

ESCENA SEXTA

[Los de la anterior, y Solaya aprisionada]

SOLAYA

¡Ay! ¡Qué miras, Solaya desgraciada!

HERACLIO

¡Muere, Selin! [Prosigue en herirlo]

SELIN

Sí, mátame... Casiro,

no sabes el contento con que espiro

a vista de Solaya... Solamente

os pido, circasianos, que, indulgente,

a vuestra triste hermana... vuestro brío

no toque... Caiga sobre el pecho mío

todo vuestro rencor... Mi sangre altiva

sacie vuestro rigor... pero ella viva.

SOLAYA

¿Para qué ha de vivir, si Selin muere?

Con el mismo puñal, Heraclio, hiere

mi pecho; con el mismo con que heriste

el noble seno de mi amante triste.

Matadme presto. No tardéis, os pido,

un instante de tiempo, este perdido,

otro no logrará el rigor severo:

ver a Selin me matará primero.

CASIRO

Detén, Solaya, tu infelice boca.

Tu infame acento a más rigor provoca.
Me avergüenzo, al mirar que no te cubres
del debido rubor, antes descubres
más desenfreno, mientras más tu afrenta
la muerte de Selin te representa.

SOLAYA

Haz lo que quieras; deja que un instante
al cadáver helado de mi amante,
si acaso muerto está, mi llanto bañe,
y al túmulo Solaya le acompañe.
¿Selin? ¿Vives, Selin? Príncipe amado,
¿desde que me quisiste, desgraciado,
vives? ¿Aún no espiraste? ¿Quiere el cielo,
como se lo pidió nuestro desvelo
tan repetidas veces, que enlazados
tus brazos con los míos, y mezclados
los últimos alientos, espiremos?
¿En unión tan dichosa moriremos?

SELIN

Ya muero... Adiós... Imítame... constante. [Muere]

SOLAYA

Matadme luego, pues murió mi amante.
¡Oh, cielos! Pues tan tardos mis hermanos
están para matarme con sus manos,
el firmamento, en horroroso estruendo,

fulmine un rayo, cuyo ardor horrendo
aniquile mi pecho, ya abrasado
del amor y la pena que he pasado.

HERACLIO
Solaya, tú deliras,

SOLAYA
Aunque fuera
tal vuestra condición, y tan severa
que atropellaseis la pasión amante
con tan áspera fuerza, lo importante
de mi unión con Selin, que era heredero
de un Príncipe, tratado lisonjero
pareceros debía, y decoroso.
Dejad, viles hermanos, que a mi esposo
vuelva a bañar mi llanto.

HERACLIO
Retiradlo.

SOLAYA
¡Ay, no! Cerca de mí, guardias, dejadlo.
Si pretendéis romper tan justos lazos,
esgriman las cuchillas vuestros brazos
contra mi pecho, que su amor no olvida.
Segunda vez le quitaréis la vida,
matando a su Solaya ¡toda suya!

¡Ah! No temáis que su Solaya huya.

CASIRO

Demasiado te abates, y contigo

a tu familia. No he de ser testigo

de tal vileza. Muere a mis rigores.[Hiriendo a Solaya]

Éste el fruto será de tus amores.

SOLAYA

Duplica tu rigor, Casiro, hiere.

Tu hermana, Heraclio, con dulzura muere.

HERACLIO

Casiro, es nuestra hermana; cruel has sido.

SOLAYA

Si por ser fina amante he merecido

la muerte, que ya veo tan cercana,

mil muertes mereciera vuestra hermana,

pues daría mil vidas por su amante.

¡Seli, oh, mi Selin!... muero constante;

y tu cadáver, que ya veo frío,

junta el amor con el cadáver mío.

En breve nuestras almas reunidas,

serán lo que ya fueron en sus vidas...

Hermanos, yo os perdono, pues no ignoro

la fuerza del honor... Vuestro desdoro,

si acaso resultó de mi ternura,

con mi muerte lo paga mi hermosura.

Perdono a vuestro honor... Duros hermanos...

A mi amor perdonad... Por vuestras manos

efectos de mi suerte experimento...

Están escritos en el firmamento...

En vano lo resisten los mortales

Sus fuerzas, al destino desiguales,

son corto obstáculo a tan gran torrente...

Si no es delito amor, muero inocente...

Y si es delito... ¡oh, cielo soberano!

¿por qué hiciste sensible al pecho humano?

¡Ay! ¡Quién puede vencer su fortaleza!...

HERACLIO

La virtud, el honor y la firmeza.

SOLAYA

¡Firmeza!... ¡Honor!... ¡Virtud!... Ya considero...

¿Pero, qué digo?... Con mi amante muero.

[Cae muerta en brazos de Casalia, junto al cadáver de Selin]

ESCENA SÉPTIMA

[Los de la anterior y Hadrio]

HADRIO
¡Hijos! ¿Qué es esto, cielos?

CASIRO
Ya espiraron.

Recíprocas ternuras exhalaron
sus últimos alientos.

HERACLIO
Este acero

mató a Selin.

HADRIO
¿Cómo murió?

HERACLIO
Tan fiero
que injuriaba la mano que le hería.

HADRIO
¿Y qué? ¿Matasteis a la hija mía?
¿No os dije, ah tiranos, que era justo
guardar su vida? ¿Por qué tal disgusto
disteis a vuestro Padre? Tal arrojó
merece la desgracia de mi enojo.

CASIRO
Heraclio ya quería libertarla,
no deseaba yo sacrificarla;
ella nos irritó.

HADRIO

¿Cómo, infelice,

ha podido irritaros? ¿Qué? ¿Qué dice

tu labio? ¡Cruel hermano! ¡Ah, hija mía!

¿Qué pudo hacer a vuestra tiranía?

HERACLIO

Bárbara, loca, amante y delirando

quiso morir: la muerte fue buscando

sobre el mismo cadáver de su esposo.

Entonces, de un estilo ignominioso

y conducta tan vil, enfurecido,

Casiro la mató.

HADRIO

Cruel has sido.

CASIRO

Tu honor, el suyo, el de mi Casa entera,

me dictaron venganza tan severa,

con fuerza irresistible a su castigo.

HADRIO

¡Fanático de honor! No, no conmigo

pretendas excusar tu tiranía.

No pronuncie más voz tu lengua impía.

De Soraya no expliques la demencia:

mayor ha sido tu desobediencia.

Te dije yo que, en tus venganzas fieras,

contra ella el brazo tuyo no extendieras;
que en ella venerases mi retrato,
y tú, monstruo feroz, hermano ingrato,
faltaste a mí, y a la naturaleza.

De aquí llevad a esa infeliz belleza. [A los soldados]

Faltó Selin, cual joven insensato,
al hospedaje mío, y al contrato.

Mas no por eso es justo le faltemos
a la veneración que le debemos.

Es un Príncipe al fin, y del respeto
debe mirarse como sacro objeto.

Freeditorial 